



**ZADIE SMITH** (Londres, 1975) estudió filología en la Universidad de Cambridge, y publicó su primera novela, *Dientes blancos*, cuando contaba veinticinco años, obteniendo un inmediato éxito de crítica y ventas. Su siguiente novela, *El cazador de autógrafos*, fue publicada en 2002, y ese mismo año se trasladó a Estados Unidos para pasar un año académico en la Universidad de Harvard. En 2005 publicó *Sobre la belleza*, que contó con el aplauso unánime de la crítica internacional y ha ocupado los primeros puestos en la lista de libros más vendidos en varios países. *Sobre la belleza* será llevada al cine próximamente. Además de estas tres novelas, Zadie Smith es autora de varios relatos que han sido publicados en diferentes antologías y en revistas especializadas.



**MARTA RIVERA DE LA CRUZ** (Lugo, 1970) es licenciada en Ciencias de la Información y especialista en Comunicación Política por la Universidad Complutense. Pertenece al equipo fundador de la revista *Espéculo*, la primera publicación literaria en lengua española difundida vía internet. En 1998 obtuvo el Premio Ateneo Joven de Sevilla con *Que veinte años no es nada*, y en 2006 fue finalista del Premio Planeta con la novela *En tiempo de prodigios*, que ha vendido en un año más de cien mil ejemplares. Ha publicado también las novelas *Hotel Almirante* y *El inventor de historias*, así como tres ensayos de divulgación, varios cuentos en antologías de autores contemporáneos y la novela juvenil *Otra vida para Cristina*. Como editora es responsable de los volúmenes *Cuentos de Navidad*, *18 relatos móviles* y de la última edición de *La ciudad de las columnas*, de Alejo Carpentier. Como periodista, colabora habitualmente con *El País Semanal*, y participa en el programa «Al sur de la semana», de la cadena COPE.

⇒ [www.martariveradelacruz.com](http://www.martariveradelacruz.com)

## ZADIE SMITH: UN HOMENAJE

MARTA RIVERA DE LA CRUZ

### RESUMEN

Considerada por la prestigiosa revista *Granta* uno de los nombres propios de las letras anglosajonas, Zadie Smith irrumpió en la escena literaria con *Dientes blancos* cuando contaba con poco más de veinte años. Su extraordinario talento unido a su extrema juventud sorprendieron a la crítica, pero también al público y a los medios de comunicación, que no tardaron en hacer de ella un nuevo icono de la literatura moderna. Zadie Smith ha pasado los últimos años escribiendo y huyendo a la vez de la feria de vanidades de la fama, que amenazaba con oscurecer sus dotes de narradora. Es una escritora total, cuya tercera novela, *Sobre la belleza*, la ha consagrado de forma definitiva.

⇒ PALABRAS CLAVE: Zadie Smith, popularidad, éxito, Forster, multiculturalidad, belleza.

Zadie Smith (Londres, 1975) ha sido incluida por la revista *Times* en una lista de cien personas cuyo poder, talento o ejemplo moral están transformando la sociedad. Resulta gratificante pensar que un escritor puede hacer ese tipo de cosas. Lo cierto es que Zadie Smith no es una autora corriente. Fue extraordinariamente precoz: aprendió a leer a los tres años, a los catorce cambió la primera letra de su nombre (se llama Sadie) para hacerlo más sonoro o más exótico (o, probablemente, ambas cosas) y a los veinticinco publicaba su primera novela, *Dientes blancos*, con la que obtenía un éxito instantáneo.

Criada en un suburbio obrero de Inglaterra, hija de un fotógrafo inglés y una modelo jamaicana, Zadie Smith tuvo una infan-

cia tranquila de niña de clase media baja, que se pasaba el tiempo leyendo, estudiando y bailando. Cuenta que, por influencia de su padre, su habitación estaba llena de fotografías de películas de los años treinta y cuarenta. Imágenes de Joan Crawford donde debería haber fotos de Julia Roberts. Gary Cooper en lugar de Kevin Costner. Reconoce que, antes incluso que los libros, sus primeros amores fueron dos astros hollywoodienses de la edad dorada del cine: James Stewart y Fred Astaire. Mientras las niñas de su edad suspiraban por los guapos del momento, la pequeña Zadie prefería soñar con dos mitos que llevaban años muertos.

Siguiendo con su línea de precocidad, Zadie Smith tenía diecinueve años cuando empezó a escribir su ópera prima, y consiguió para ella un jugoso contrato de una editorial cuando llevaba menos de cien folios redactados. No está mal para una novata. Así las cosas, mucho antes de que *Dientes blancos* llegase a las librerías, el texto y su autora eran ya tema de conversación en los cenáculos literarios. Los lectores la esperaban con curiosidad. Los críticos, con los cuchillos afilados, decididos muchos a despedazar a aquella advenediza postadolescente que tantas expectativas estaba generando. Para algunos, Zadie Smith era un *bluff*, un producto de marketing de esos que tan sabiamente han aprendido a lanzar las editoriales. Pero cuando apareció *Dientes blancos*, los mismos que se preparaban para despedazar a la autora y a su criatura se pusieron a los pies de Zadie Smith, y la declararon la nueva reina de las letras inglesas. El libro estuvo durante semanas en las listas de los más vendidos, y al éxito de ventas se sucedió el entusiasmo popular por la recién llegada a la galaxia editorial. Porque Zadie Smith era además una mujer hermosa y dotada de un particular magnetismo, y su insultante juventud la convertía en un misterio y en una

baza segura como producto. La zadiemanía se desató entre lectores, periodistas y expertos literarios. De pronto todo el mundo quería saber quién era aquella chica de grandes ojos oscuros que se había convertido –según la prestigiosa revista *Granta*– en uno de los más sólidos valores de las letras anglosajonas para el siglo XXI. La escritora no tardó en cansarse del revuelo que se había formado a su alrededor. Su editorial recibía a diario decenas de peticiones de entrevistas con la señorita Smith, y no todos los periodistas se acercaban a ella para hacer preguntas exclusivamente literarias. Había quien quería indagar en torno al origen de su belleza mestiza, quien investigaba acerca de sus usos y sus costumbres, sus supersticiones y sus manías, y quien intentaba hacer averiguaciones en torno a su vida sentimental. Aunque los lectores y los críticos la considerasen una de las voces más completas de la narrativa en lengua inglesa, algunos reporteros pretendían tratarla como un personaje propio de la crónica social, o como a las estrellas fugaces surgidas en los *reality*.

A Zadie no le gusta ese tinglado. Ella sólo quiere escribir, y *Dientes blancos* la había convertido prácticamente en un personaje público. Quizá por eso recela de conceder entrevistas. Dice que prefiere responder cuestionarios vía *mail*, y sólo recibe a periodistas cuando tiene que promocionar sus libros fuera de Inglaterra. Le molesta que los entrevistadores estén más interesados en su vestimenta o en sus maneras que en su forma de escribir o en sus referentes literarios. Cuando se le pregunta sobre ellos, Zadie Smith se refiere a una desordenada batería de autores que van de Dickens a Nabokov, de Keats a Edith Wharton, pasando por Jane Austen o Philip Larkin. Y E. M. Forster, por supuesto. La primera novela del autor que *miss* Smith leyó fue *Una habitación con vistas*, pero la

que más le impresionó fue *Howards End*. Tanto, que hizo de ella un homenaje en su más reciente libro, *Sobre la belleza*.

Si alguien con menos talento que Zadie Smith hubiese hecho lo que ella al inspirarse en el texto de Forster para escribir una novela, posiblemente se la hubiese acusado de plagio. Pero Zadie Smith hace algo mucho más complicado. Reinterpreta. Deconstruye. Crea tras recrear, lo cual convierte la novela en un delicioso monumento posmodernista. Comparar *Howards End* con *Sobre la belleza* podría ser objeto de una compleja tesis doctoral. Hay escenas de innegable parecido –aquella en que, tras el fallecimiento de la madre, se descubre el legado hecho a la amiga reciente, o el encuentro fortuito en un concierto con un inferior en la escala social que da pie a una posterior relación merced a la confusión de dos objetos– y, si no fuese porque la autora se adelantó a señalar las concomitancias entre ambas obras, más de uno la hubiese acusado de tomar prestado de los clásicos un poco más de lo debido. Pero en la alta literatura el plagio y el homenaje están claramente delimitados. Y es muy alta literatura lo que tiene entre las manos el lector de las páginas de Smith.

Publicada por primera vez en 2005, *Sobre la belleza* (*On Beauty* en el original) es seguramente la más deslumbrante de las novelas de Zadie Smith. Si en su primer trabajo, *Dientes blancos*, hacía un brillante mosaico de la realidad multicultural en el Londres de fin de siglo, *El cazador de autógrafos* era una aguda reflexión sobre los matices de la fama. Es cierto que esta novela no despertó entre los expertos –tampoco entre los lectores– el mismo entusiasmo que el primer libro de la escritora. Por eso *Sobre la belleza* salía al ruedo con un cierto lastre: ¿y si *Dientes blancos* había sido sólo fruto de la buena suerte, y Zadie Smith no era la narradora prodigiosa capaz de

renovar el panorama literario inglés? Pero las predicciones funestas no se cumplieron, y *Sobre la belleza* demostró estar no ya a la altura de *Dientes blancos*, sino en un nivel muy superior. Está claro que Zadie Smith ha llegado al Olimpo literario con la intención –y el derecho– de quedarse allí para siempre.

*Sobre la belleza* es una novela total. Ambientada en el marco de una universidad privada situada en Boston –está claro que el año académico pasado en Harvard inspiró a la autora la elección de este espacio–, la novela retrata las mezquinas luchas de poder en el claustro de las universidades, el frágil equilibrio de la vida matrimonial, la complejidad de las relaciones familiares y el arduo proceso de maduración de un puñado de jóvenes –Vee, Zora, Jerome, Michael, Carl, Levi– que están convencidos de ser adultos mientras su madre en la ficción pone de manifiesto con su prosa agudísima las incontables fisuras de sus caracteres respectivos. Es una historia sobre la vanidad, el miedo, el deseo satisfecho o no, la codicia, la lealtad y la traición. Zadie Smith ha dibujado un intenso abanico de personajes que se definen por sus actos, pero también por la tupida red de relaciones establecidas entre dos familias: los Belsey y los Kipp. Los primeros, americanos y mestizos, librepensadores, supuestamente progresistas. Los Kipp, ingleses, negros, conservadores y cristianos ortodoxos. El destino de ambos grupos debería haber estado unido sólo por la eterna enemistad académica que se profesan los cabezas de familia, rivales en sus investigaciones. Pero el destino hará las cosas a su modo, y la vida de los Belsey y los Kipp entrará en un proceso de complicada simbiosis de amistades y odios eternos.

Si en sus otras dos novelas Zadie Smith había trabajado con especial ahínco sus personajes masculinos y dejado a las mujeres en un discreto segundo plano, en *Sobre la belleza* echa el resto con los

caracteres de las féminas. Las jóvenes Vee y Zora, que podrían haber sido amigas de no mediar entre ellas la sorda antipatía dictada por la desconfianza y los celos, quedan sin embargo diluidas por sus madres respectivas: la enfermiza y leal Marlene y la vital y valiente Kiki. Considero que es en estos dos roles donde es más patente la influencia del *Regreso a Howard's End* de Forster. Las protagonistas femeninas comparten entre sí una serie de rasgos de carácter y de comportamiento que colocan en paralelo las dos historias. En cuanto al personaje de Amelia, la insoportable prometida de Michael, es un calco del de Dolly en *Howard's End*, pasado, eso sí, por la pátina del siglo XXI.

Mientras las traducciones del libro se multiplican, Zadie Smith intenta retirarse a sus cuarteles para seguir trabajando y también, de alguna manera, para alimentar su propia leyenda. Es alguien a quien no le importa reconocer que nunca ha leído a Hemingway, que escribió su primera novela «para impresionar a la gente» o que lo único que sabe de España es «Picasso, toros y tortilla». Asegura que cuando empieza un libro no tiene la menor idea de cómo va a terminar, y que redactar las primeras cincuenta páginas le cuesta un trabajo ímprobo. Dice que le parece divertido leer críticas que ni siquiera comprende, y que lo mejor de la celebridad y el éxito es haber podido conocer a los autores que admira. «La fama se la regalo», espetó a un periodista, con apenas veintiún años y cuando empezaba a convalecer del éxito de *Dientes blancos*. Ahora, Zadie debe prepararse para enfrentar otro posible baño de popularidad: el que le dará la versión cinematográfica de *Sobre la belleza*, que se está preparando bajo la supervisión de Scott Rudin (*Las cenizas de Ángela*, *Las horas*) y con un presupuesto millonario. Pero, como alguien dijo una vez, ésa ya es otra historia.